

Mientras sigan en mí

Por: Margot Smith

Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano del que nadie había oído hablar, vivía Mateo, un niño de 9 años que siempre estaba muy alegre, aunque muchas veces se escondía tras su música.

Vivía en una pequeña casa, más pequeña que las demás del vecindario. En esa casa vivía casi toda su familia, menos su padre, que siempre estaba trabajando y casi nunca pasaba a saludarle ni a preguntarle qué tal le había ido el día. En las comidas familiares, Mateo se ponía sus audífonos para apagar las risas, las conversaciones que terminaban en debates y el ruido de la gente al masticar. Para él, todo eso se hacía eterno.

Hasta que un día, su hermana Sandra, que acababa de cumplir dieciocho años, anunció que iba a mudarse lejos del pueblo para cumplir sus sueños. Toda su familia reaccionó con celebraciones y felicitaciones, porque se iba a independizar. Pero Mateo no lo veía así. Para él, Sandra era la única que lo entendía a la perfección, incluso cuando no había nada que entender. Siempre estaba ahí para ayudarlo. Y pensar que se iba, sin saber cuándo volvería, le hacía sentir un vacío enorme. Llegó el día de la despedida. Mateo, con sus audífonos blancos puestos, fue a despedirse de su hermana con una carta en la mano. En ella le pedía que le escribiera cuando pudiera y que, sobre todo, nunca se olvidara de él, también había fotos de cuando eran más pequeños. Sandra lo abrazó tan fuerte que parecía que no podía respirar. Luego subió al taxi que la llevaría al aeropuerto. Desde ese día, aunque siguiera escondiéndose tras su música, Mateo se veía más apagado de lo normal.

Pasaron semanas de colegio, salidas y más comidas familiares en las que prefería comer rápido e irse a su habitación. Hasta que un día le dieron otra noticia. Su mejor amigo, Alex, con el que había pasado toda su vida, se mudaría en menos de dos semanas a un lugar aún más lejano que el propio pueblo. Mateo sintió que la historia se repetía. Pensó que era una broma, como una cámara oculta. Pero no. Tras despedirse de su amigo, volvió a ponerse los audífonos y se quedó escuchando música, preguntándose quién sería el siguiente en irse de su vida.

—¿Será papá, aunque nunca esté en casa y parezca que ya se haya marchado? ¿O mamá? Aunque ella sería incapaz de irse sin toda la familia... ¿O los abuelos...? —dijo con la voz entrecortada.

Luego pensó algo que le dolió aún más.

- ¿Y si es por mí?
- ¿Y si yo soy el problema de todo?

Llegó la hora de comer.

—¡Maaaaateeeeeeo, baja a comer, ya está lista la comida! —gritó su madre, Lorena.

Mateo bajó, sabiendo que tendría que poner la mesa, pero esta vez sin los audífonos. Era tan raro verlo sin ellos que su madre le preguntó por qué no los llevaba.

—No quiero perderme nada más... ya no.

Cogió los vasos y los cubiertos y fue a colocarlos en la mesa. Su madre, conmovida y apenada por todo lo que había vivido su hijo el último mes, se acercó a hablar con él.

—Mateo... sé que mucha gente se ha ido de tu vida, pero no por eso tienes que pensar así. Sin dejar de colocar los cubiertos, respondió:

—Mamá... es por mí. Por eso se han ido todos. Lorena lo miró con esa expresión que lo decía todo.

—Hijo mío, ¿cómo puedes pensar eso? Eres una persona que todos quieren tener cerca. ¿De verdad crees que Sandra y Alex no lloraron cuando supieron que tenían que irse y que no podían llevarte? Sandra incluso me dijo que ojalá pudieras ir con ella.

—¿En serio? —preguntó, con la voz rota pero esperanzada.

—Sí —respondió ella con firmeza—. Y los dos te van a escribir. Eso no va a cambiar. Mateo respiró hondo.

—Vale... pero aun así... ya no tendré los cascos en la mesa. Quiero ver cómo discutís... y hablar también con todos.

Lorena lo miró enternecida. Sintió que, de alguna forma, su hijo estaba creciendo. A partir de ese día, Mateo empezó a hablar más en las comidas familiares. Poco a poco, dejó de esconderse. Su padre empezó a pasar más tiempo en casa, aunque fuera poco, porque el trabajo apenas le dejaba descansar.

Mucha gente pensaría que la moraleja de esta historia es aprender a querer. Otros dirían que es saber decir adiós aunque no quieras. Pero Mateo no lo veía así. Mateo pensaba que, aunque las personas se marchen, nunca se llevan todo lo que han vivido contigo. Porque Sandra seguía estando en las canciones que escuchaban juntos los domingos por la mañana. A veces Mateo pensaba en las tardes en las que Sandra le ayudaba con los deberes, aunque muchas veces terminaban hablando de cualquier otra cosa, ella le decía que no todo en la vida eran las notas, que también era importante aprender a escuchar y a entender a las personas que nos rodean.

Mateo no siempre lo entendía, pero le gustaba oír la hablar porque parecía que sabía mucho de cómo era el mundo.

Recordaba también cómo le prestaba uno de sus auriculares para que escucharan la misma canción a la vez. Sandra cerraba los ojos y mientras Mateo intentaba adivinar qué parte de la canción le gustaba más. Esos momentos le hacían sentirse tranquilo, como si nada malo pudiera pasar mientras la música sonara. Ahora, cuando estaba solo en su habitación, a veces imaginaba qué le estaría contando Sandra si estuviera allí. Y aunque la echaba de menos, también sonreía al pensar que todo lo que ella le había enseñado seguía acompañándole en su día a día.

Y porque Alex seguía estando en los recreos, en los partidos y en las bromas que nadie más entendía. Mateo recuerda cuando él y Alex jugaban en el campo de fútbol a pasarse la pelota, y que justamente a las cinco en punto siempre venían unos chavales que se creían el ombligo del mundo (que solo eran dos clases mayores), para echarlos y burlarse de Mateo, pero aunque fuesen dos años más que ellos, Alex siempre se ponía de frente y les gritaba que se fueran hasta que le hicieran caso y que no molestaran a Mateo ante nada, hasta una vez cuando le iban a pegar, Alex, se puso enfrente y se llevó el golpe solo para que no le diesen a su amigo, y eso, Mateo lo recordará siempre, porque ahora que no iba a estar Alex para protegerlo, él tenía que ser igual de valiente que lo era su amigo.

Una noche, Mateo subió a su habitación y miró sus audífonos blancos sobre la mesa. Durante años habían sido su refugio, los cogió y los giró entre sus manos, y por primera vez, no sintió que los necesitara. No los tiró, ni los escondió, tan solo los dejó ahí. Se acercó a la ventana... el pueblo parecía el mismo de siempre. Las mismas farolas, las mismas casas, los mismos ruidos lejanos, pero él ya no era el mismo.

—No todo se va... —susurró.

En ese momento, sonó su móvil. Era un mensaje de Sandra. Había llegado bien. La ciudad era enorme. Se había perdido dos veces. Y le decía que ojalá él estuviera allí para reírse juntos.

Mateo sonrió, con un nudo en la garganta. No era tristeza, era más cálido. Le respondió que cumpliría su promesa... pero que ahora escucharía menos música y hablaría más. Bajó al salón.

—Mamá —dijo.

—¿Sí?

—¿Mañana los abuelos comen aquí y no en casa de la tía, verdad? Su madre sonrió.

— Sí, siempre comen aquí.

Al día siguiente ayudó a cocinar. No lo hacía perfecto, pero lo intentaba. Se rieron cuando una zanahoria salió disparada de la tabla. Cuando llegaron los abuelos, Mateo abrió la puerta y empezó a hablar. Contó cosas del colegio, preguntó historias del pasado e incluso contó un chiste malo. La casa seguía siendo pequeña. Seguía habiendo ruido. Seguían existiendo discusiones. Pero ya no le parecían eternas. Porque ahora él formaba parte de ellas.

Esa noche, su padre llegó tarde. Mateo estaba en el salón.

—Eh, campeón —dijo su padre.

Mateo dudó un segundo. Luego se levantó y lo abrazó.

—Te he echado de menos.

—Yo también, hijo.

Y Mateo entendió algo importante.

La gente a veces se va.
A veces cambia de ciudad. A
veces trabaja demasiado.
A veces la vida los mueve de sitio.

Pero eso no significa que desaparezcan.

Antes de dormir, guardó sus audífonos en el cajón. No como un escudo, sino como un recuerdo. Porque ya no quería esconderse del mundo, quería vivir en él. Y aunque sabía que algún día habría más despedidas, también sabía algo nuevo: que los momentos compartidos hacen que las personas se queden dentro de ti, y que mientras recuerdes y sigas queriendo, nadie se va del todo.

Apagó la luz.

Y, por primera vez en mucho tiempo, el silencio no le dio miedo.